

En 1919 se incorpora a la colección «Los Contemporáneos», dirigida por Zamacois,³⁵ y a la muy popular «La Novela Corta», en la que publica, entre otras narraciones breves, *En el camino* y *La mujer que compró un marido*. Algo después, en 1921, lo encontramos como director de *La Novela Semanal*, cuyo segundo volumen, *La venganza del recuerdo*, es obra suya. También publica con esta colección un volumen cuya temática gira en torno a la guerra que mantenía entonces España con su protectorado de Marruecos.

Un poco más tarde, hacia 1922, aparece colaborando en otra colección de novela corta, *La Novela de Hoy*, que en su primera etapa dirigía el también novelista erótico Artemio Precioso y que contaba con la colaboración exclusiva de Carretero, Hoyos y Vinent, Retana y otros narradores de similar tendencia. La primera aportación de «El Caballero Audaz» a esta serie fue *Bestezuela de amor*, publicada el 22 de diciembre de 1922. Sin embargo, la colaboración de Carretero a *La Novela de Hoy* se interrumpe en 1924, debido a ciertos enfrentamientos de orden ideológico entre Artemio Precioso y «El Caballero Audaz», puesto que la publicación se iba orientando cada vez más hacia posiciones de marcada tendencia socialista, en tanto que Carretero giraba ostensiblemente hacia la derecha. La colección cambió de director en 1929, una vez que Precioso se exilió a Francia, tras numerosas dificultades con la censura que instauró Primo de Rivera. Su lugar fue ocupado por Pedro Sainz Rodríguez y el novelista montillano volvió a colaborar en la publicación hasta la desaparición de la misma en 1932.

Simultáneamente escribe para otras colecciones, como *La Novela de Noche* (1924), también dirigida por Artemio Precioso, cuyo primer número, *La hija de la cortesana*, va firmado por «El Caballero Audaz», y para *Los Novelistas*, de rasgos parecidos a las anteriores.

Su última aportación en este campo de las colecciones populares fue *Los Trece*, aparecida en 1933, dirigida por el propio novelista y de la que se editaron únicamente trece títulos, uno de ellos del propio Carretero.

El valor de estas novelas cortas es menor que el de sus obras extensas, aunque los recursos y los temas siguen siendo los mismos. Se notan en ellas más la improvisación y la endeblez estructural, aunque ofrecen el aliciente de su brevedad y su consiguiente facilidad para la lectura y la adquisición.

El período final de su producción literaria parece iniciarse hacia 1929 y en él se observa una radicalización de la actitud política de Carretero, ya bastante conservadora bajo la Dictadura de Primo de Rivera, al servicio del cual escribe algunos panfletos. Sus características literarias no han variado gran cosa: los temas predominantes siguen siendo amorosos, aunque algo dulcificados, defendiendo posturas conservadoras. Su espíritu reaccionario se exagera a raíz de la guerra civil y, defensor a ultranza de la política franquista, abandona un poco sus anteriores deslices eróticos y presenta «narra-

³⁵ Para los datos que siguen tengo en cuenta a Luis S. Granjel, Eduardo Zamacois y la novela corta, op. cit., y Louis Urrutia, «Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)», L'infra-littérature en Espagne aux XIX^e et XX^e siècles, Grenoble, Presses Universitaires, 1977, pp. 137-163.

ciones donde los buenos son impenitentemente de derechas y los malos indefectiblemente de izquierdas».³⁶

Entre las producciones de este período se suelen mencionar *La Venus bolchevique* (1932), *Si tú supieras* (1942), *Mi marido soy yo* (*Memorias de Helia Torres*) (1945) o *Una mujer sin pasado* (1950), inencontrables todas ellas y suponemos que ilegibles.³⁷ Soslayamos esta última etapa, así como sus intentos de historiador y polemista, aunque conocemos títulos de su producción como *Nosotros los mártires*³⁸ que nos sugieren una interpretación partidista y sectaria de nuestra guerra civil.

Quizá la novela que más fama le dio sea *La bien pagada*, y en ella se encuentran resumidos los rasgos literarios más salientes de su narrativa.

Externamente la obra se presenta dividida en tres «épocas», al igual que varias otras novelas largas de la misma etapa,³⁹ rasgo que no afecta al cómputo correlativo de los dieciocho capítulos que integran la narración.

Las opiniones críticas que originó la obra en el momento de su publicación, y que conocemos por haberlas seleccionado el propio autor, son todas positivas e incluso algunas muy laudatorias. Para un escritor tan poco sospechoso de partidismos como Pérez de Ayala la novela «es de ineluctable interés, porque no admite jornadas ni intersticios; es uno de esos libros que, como reza el modismo, se hacen leer de un tirón. Y acredito esta circunstancia, no ya con mi experiencia solamente, sino con la de otras personas que han sentido la misma captación de la voluntad leyendo *La bien pagada*».⁴⁰ De manera parecida piensa Felipe Sassone: «Con estar muy bien todo, en *La bien pagada* lo que está mejor es la estructura, el armazón de toda la novela, interesante y bien tramada, gracias a que la fábula se enredó con seres vivos, con personajes humanos, que es lo que asegura la vida y el buen éxito de este linaje de obras».⁴¹ En alguna ocasión las alabanzas de los críticos rozan lo hiperbólico: «José María Carretero ha llegado, pues, con esta novela a la cumbre ideal. Es el hombre que sabe vencer en sus libros las tentaciones de la mentira. No finge. Crea. No cae bajo el dominio de sus personajes. Los somete. Es en lo que los novelistas se parecen a los dioses».⁴² «*La bien pagada* es una de esas novelas llamadas a la universalización, de las que son traducidas a todos los idiomas, y las cuales —no sé si ya se ha hecho— son materia de cinta cinematográfica. Pasiona, emotiva, con lances de un bien y de una fuerza enormes, es lo envidiable en arte novelesco..., si una supiera envidiar.»⁴³

³⁶ Antonio Iglesias Laguna, Treinta años de novela española, 1938-1968, Madrid, Prensa Española, 1969, p. 75.

³⁷ Su polémica más conocida fue con Blasco Ibáñez, un día su amigo, pero distanciada radicalmente en esta última etapa. Fruto de este enfrentamiento es el libro de Carretero, El novelista que vendió a su patria. Otra polémica, aunque anterior a la mencionada, fue la que sostuvo con Luis Araquistáin, que empezó en disputa literaria y acabó en enfrentamiento personal. Véase para esta última Luis Fernández Cifuentes, Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República, op. cit., p. 132 y n. 24.

³⁸ Publicada en Madrid, en 1940, según Hugh Thomas, La guerra civil española, Madrid, Urbión, 1983, libro V, tomo 10, «Bibliografía», p. 189.

³⁹ Así ocurre, por ejemplo, en *La sin ventura* y en *La ciudad de los brazos abiertos*.

⁴⁰ La reseña de Pérez de Ayala se publicó en *La Esfera*, el 14 de agosto de 1920, aunque tomamos la cita de «El Caballero Audaz», *La ciudad de los brazos abiertos*, op. cit., p. 330.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 331.

⁴² Comentario de Ceferino R. Avecilla, en *ibíd.*, p. 333.

⁴³ Luis Antón del Olmet, en *ibíd.*, p. 337.

Al parecer, aunque no hemos podido comprobar estos extremos, la novela fue traducida al inglés, obteniendo éxito incluso en Norteamérica y sirviendo de base para alguna película de la época; todo ello parece desprenderse de las palabras de otro crítico: «En los anuncios luminosos, en los escaparates, en los cinematógrafos, en las revistas, otra vez un nombre en español, lanzado a los vientos de la máxima publicidad por la genial propaganda mercantil, que es el secreto de Nueva York.

En los escaparates de todas las librerías luce el volumen de *La bien pagada*, llenando todos los muestrarios y anaqueles.

Hoy, el retrato de “El Caballero Audaz” —una apariencia de gigante, una frente pensativa, una expresión cándida de niño, unas pupilas melancólicas y una gran pipa en los labios—, en los “affiches”, en los periódicos, en el “film”.»⁴⁴

A pesar de tanto elogio, *La bien pagada* resulta una narración de trama bastante rebuscada, que se deja leer con cierta facilidad, no por el argumento en sí, sino por el predominio de los diálogos sobre las descripciones ambientales o los estados psicológicos de los personajes. En ella encontramos enfrentados a dos seres que se nos antojan absolutamente irreales: Carola Rute, que se entrega sin cariño a un hombre rico, tras una especie de contrato que puede romper en cualquier momento, y Fernando Jordá, un mejicano enriquecido, que envuelve en lujos y caprichos a su amada, pero que es incapaz de colmar sus íntimos deseos amorosos. Carola tiene relaciones con un capitán, antiguo pretendiente suyo, y Jordá al saberlo la abandona. La mujer se dedica a la prostitución de lujo, tras cambiar su nombre por el de Piedad, la de los Brillantes. El millonario se dedica también a vivir alegremente, gastando sin tasa. En una ocasión ambos coinciden y, después de un ensayo fallido de vida en común, vuelven a separarse. Carola enferma y Jordá tiene entretanto relaciones con una hermana de su antiguo amor, Victoria, que incluso le va a dar un hijo. Pero enterado de la grave situación de Carola, vuelve con ella. Claro que es demasiado tarde y la enamorada muere en sus brazos; luego el mejicano ordena a su criado que la lleve a su domicilio de prostituta y él queda finalmente entregado a sus recuerdos y al sueño reparador.

Esta trama inverosímil arrastra consigo otras secundarias, como la que forman los amores de Jordá y Victoria, hermana de Carola y polo opuesto a ella; las relaciones de la protagonista con el capitán Carlos y sus sucesivos clientes; las aventurillas de otra tercera hermana, Julita, etc.

La acción ocurre en Madrid preferentemente, aunque algunos hechos tienen lugar en San Sebastián, lugar habitual de veraneo y juego entre la alta burguesía de la época. Los ambientes descritos se ciñen de manera casi exclusiva a la clase media alta, pues aún cuando asistimos a las relaciones de «La bien pagada» en su fase de prostituta de lujo, el medio social sigue siendo el mismo.

Un recurso con frecuencia repetido es el derivado de la posesión de la riqueza. El poder del dinero, la ostentación, el dilapidar enormes cantidades por parte de los personajes, que con frecuencia salen ganadores en los lugares de juego, seguramente llamarían poderosamente la atención del obrero que vivía pendiente de su mísero sueldo

⁴⁴ Roberto Montalbán, en *ibíd.*, pp. 343-344.

y sólo le quedaba la alternativa de soñar y de compensar psicológicamente sus deseos insatisfechos mediante la lectura. Tal vez la clave del éxito de ésta, al igual que el de otras novelas similares, resida en ello; el lector bebe el opio del relato y realiza en su subconsciente los proyectos que una realidad anodina o demasiado dura le niega. En último término, todo relato es una ensoñación de un mundo mejor y placentero que contrasta con la rutina diaria.

La psicología de los personajes es plana y en ocasiones contradictoria; siempre dan la impresión de ser meros muñecos sin reacciones humanas. Todo está determinado por la voluntad omnisciente del narrador que guía a sus criaturas de manera inexorable. Si Carretero conocía la gran tradición de la novela decimonónica, no supo en absoluto aprovechar sus enseñanzas.

Sólo un rasgo parece infundir cierta vida a sus personajes: el erotismo. El móvil sexual, junto con el afán de posesión, es el aspecto más conseguido del relato. Ya Pérez de Ayala anotaba este dato: «En *La bien pagada* veo la liberación del erotismo semítico y triste que tanto ha dañado a las novelas españolas de los últimos años y el tránsito al erotismo pagano y gozoso. Y aceptar la erótica clásica, vale tanto como mantener el amor físico, mansamente aprisionado en el estadio o lugar que le corresponde, en la base y raíz de la vida, a cuya propagación Natura nos arrastra por el deleite de los sentidos».⁴⁵

No obstante, esta peculiaridad no es exclusiva de las novelas de «El Caballero Audaz», ni siquiera de la tendencia del relato erótico, sino que aparece informando toda la vida literaria del momento. Los escritores de entreguerras, influidos por Nietzsche y por D'Annunzio, ofrecen «el mismo aferramiento a la realidad de tejas abajo, no reconociendo nada más arriba ni más allá, sino tan sólo lo que se ve y se toca, el color y la línea, la carne que vive, no el alma de los viejos teólogos cristianos; el paraíso único de la tierra, destierro para ellos, que aspiraban a otro no visto paraíso. Nada de vida eterna; la vida presente, bella y cruel. Nada de metafísicas ni de lamentaciones: la alegría embriagadora. ¡*Dionysos frente al Crucificado!* Lo bueno, lo justo, lo verdadero no es más que lo conforme a la naturaleza instintiva, no lo conforme a la razón: la razón ha sido desterrada del mundo con el alma y su metafísica, con Dios y su teología, con Apolo y su armoniosa serenidad. Ha vuelto el reinado de Baco, el ebrio brincador, cortejador de cabripiés lascivos y brutales, de faunos silvestres y furiosos, ha resucitado el dios Pan, o sea la Naturaleza; estamos en pleno paganismo tras veinte siglos de cristianismo, según ellos aplastador y oscuro».⁴⁶

Queda por dilucidar si la narrativa de este novelista, especialmente en su época central, se inscribe dentro de los moldes del erotismo o se inclina más bien hacia lo pornográfico. Tanto su etapa inicial de tonos rosáceos, como sus últimas producciones, marcadas por la ideología ultraconservadora del autor, permanecen ajenas al problema. Es, por lo tanto, en sus novelas más famosas y vendidas donde debemos localizar la cuestión.

⁴⁵ Ramón Pérez de Ayala, en *ibíd.*, p. 330.

⁴⁶ Julio Cejador y Frauca, «Historia de la lengua y literatura castellana», Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1920, tomo XIII, p. 3; cito por la edición facsímil de la obra publicada en Madrid, Gredos, 1974, tomo 7.